

# Los nuestros: Mercedes Ramírez (1927-2013). Señora profesora

Ana Inés Larre Borges

Guardaba la juventud en la voz clara y en la pasión por la vida. Mercedes Ramírez dedicó su vida a la docencia y a la literatura. Murió el viernes pasado a los 85 años, inesperadamente y después de una breve internación. Laura Oreggioni, su gran amiga, la esperaba ese día para conversar sobre el *Quijote*. Se había anunciado diciéndole que pensaba dedicarle un curso el año entero y quería discutir con su amiga y colega algunas ideas. Mercedes vivía sola e independiente a pesar de que se quejaba de sus huesos e insistía en agradecer como asunto personal la rampa de la Biblioteca Nacional. Todavía acudía a la biblioteca para investigar algunos temas para las clases que seguía dando en la Uni Tres y en el Sindicato Médico, a sus últimos alumnos que se sienten huérfanos y tristes el domingo en un velorio poblado de gente de la literatura. Ella murió en su ley.

Profesora de profesores, Mercedes Ramírez inició su carrera antes del IPA, por el sistema de agregaturas que ella hizo junto a Roberto Ibáñez, y llegó a los cargos de más alta responsabilidad; fue inspectora de literatura y también la primera presidenta de la Asociación de Profesores de Literatura cuando el 21 de junio de 1992 la asamblea fundacional la proclamó por unanimidad y aclamación. Había empezado por la década del 40 dando sus clases en el liceo de Santa Lucía; Beto Oreggioni, que fue uno de sus primeros alumnos,

recordaba que su padre como director había gestionado el nombramiento de Mercedes en busca de los jóvenes talentos docentes. Y recordaba también con paradójica admiración la vez en que la joven profesora lo puso en su lugar cuando él abusó de su flamante intoxicación nietzscheana en un escrito.

Es probable que el gran legado de Mercedes esté en la vocación educadora y guardado en el recuerdo de cada uno de sus alumnos, pero fue activa en otros ámbitos, como los de la investigación literaria que ejerció junto a Ibáñez en el Instituto de Investigaciones y Archivo Literario (INIAL), en publicaciones como *Capítulo Oriental* (hizo los dedicados a Delmira y María Eugenia, Enrique Amorim y los nuevos narradores), en cuadernos de literatura como los que dedicó a Dostoyevski, Garcilaso y otros clásicos, en la crítica militante que ejerció en la *Brecha* inaugural de los años ochenta y, antes, en publicaciones vinculadas a la apertura democrática. Nada de lo literario le fue ajeno y tenía inteligencia y sensibilidad para leer a los clásicos y también para ver el talento nuevo que se manifiesta. En *Brecha* dedicó una preciosa nota a la poesía de Alfredo Fressia, prologó libros de Tatiana Oroño, Ricardo Prieto, Teresa Porzecanski. Su crítica literaria era como ella, apasionada y justiciera, y nunca temió pelearse por sus ideas. Era creyente de un modo personal, más cristiana que católica, pero eso no le impidió interesarse y producir un libro comprensivo sobre la religión umbanda: *La macumba y otros ritos afrobrasileños*, en coautoría con América Moro, que editado por Banda Oriental apareció con oportunidad cuando el Uruguay de la posdictadura estrenaba las concentraciones del 2 de febrero y mostraba cuánto había cambiado la sociedad. Pocos años después conoció el suceso de público con un libro atípico, *Buen día, osteoporosis*, una reflexión sobre cómo envejecer escrita con envidiable optimismo.

Era gran entusiasta de la novela histórica y sobre ese tema dio una conferencia en uno de los últimos congresos de la APLU, que ahora integrará junto a otros ensayos de su autoría el número de homenaje que la revista de la Asociación de Profesores de Literatura piensa dedicarle. Más íntimamente ella había comentado que le había gustado mucho el libro de Marcia Collazo, *Amores cimarrones: las mujeres de Artigas*, que consideraba de lo mejor en el género, y agradecía la fineza de

la dedicatoria de la autora: “En nombre de mis abuelos Sara y Roberto Ibáñez”. La anécdota describe bien ese papel de continuidad en la cultura que cumplió Mercedes, referente de un pasado cultural glorioso y fundante, pero no se detuvo en él; no se detuvo, simplemente.

Tengo muy nítido mi primer recuerdo de ella. Estábamos en el IPA y la profesora Lisa Block la invitó a su curso de Estética y nos anunció que hablaría sobre la lectura. Mercedes llevaba unos apuntes manuscritos en hojas seguramente “de escrito”, dio con esa voz suya eternamente joven una clase inspirada y finísima, sostenida en su largo trato con los grandes autores y en la habilidad de quien sabe comunicar. Fue, creo no equivocarme, una de esas personalidades que sostienen una cultura.

Una semana después de la muerte de Mercedes, Ana Inés Larre Borges publicó esta reseña donde recordaba su vocación docente y su profundo amor a la vida y a la literatura.

Tomado de: *Brecha*. Montevideo, 14 de junio de 2013.